

1ª Porque la libertad de cultos es una quimera, como demostraré luego, pues no existe tal libertad en absoluto ni puede existir en ningún país, y se ha llamado *libertad* á lo que debiera decirse sencillamente *pluralidad* de cultos.

2ª Porque la palabra *libertad*, como halagüeña, se ha puesto aquí mañosamente, y solo para alucinar. Muchos sujetos, idólatras de la libertad en absoluto, que no estarían por la pluralidad de cultos, la defienden solo por llamarse *libertad*. ¡Es libertad, pues sea lo que quiera, yo la acepto! Quitadle el nombre, reflexionarán y opinarán rectamente.

Dicen los franceses: *Le nom ne fait rien á la chose*. Es falso: el nombre hace mucho para las cosas, especialmente entre las gentes superficiales, que se dejan coger por el artificio de las palabras.

La *pluralidad* de cultos es un ejemplo de ello.

El método de esta obra es al uso escolástico, poco brillante pero sólido.

Principio por dar idea de la llamada *libertad de cultos* y *libertad de conciencia*, para distinguir los diferentes grados y aspectos de la cuestión. Tratada esta en el terreno de la filosofía y el derecho natural, paso á considerarla segun el Derecho divino, doctrina de los Santos Padres, teólogos y canonistas. Este capítulo contiene toda la parte dogmática y preceptiva, desde el segundo mandamiento de la ley de Dios hasta la última decision de la Santa Sede.

Se examina en seguida el estado de la cuestión en todos los países civilizados, haciendo una reseña histórica y estadística de los cultos en Europa y América, al tenor de sus respectivas constituciones, á fin de pasar luego á tratar el asunto bajo el aspecto político. Concrétase despues la cuestión á España bajo su aspecto histórico, jurídico y político, rebatiendo en seguida las pretendidas ventajas de la pluralidad de cultos.

Terminada la parte histórica y lo pasado, concluyo echando una ojeada al porvenir, para manifestar cuáles serían las consecuencias de la ruptura del Concordato y del establecimiento de la libertad de cultos en España.



## LA PLURALIDAD DE CULTOS

### Y SUS INCONVENIENTES.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### La Unidad y la pluralidad de cultos bajo el aspecto filosofico.

###### §. 1.º La libertad de cultos bajo el aspecto moral.

Tienen las sociedades y seres morales sus enfermedades peculiares como las padecen los cuerpos físicos animados.

Cuando se padece una enfermedad, presiso es curarla ó por lo menos atenuar en lo posible los estragos del mal; pero los remedios no siempre sirven para curarlo: á veces son paliativos para calmar los dolores exacerbados ó incurables.

La libertad de cultos es uno de estos remedios paliativos: no es un mal, pero lo supone. Es el remedio de un mal que no lo cura, sino que sirve para impedir la exacerbacion de los dolores que produce: El mal es la *pluralidad* de cultos, la *libertad* se aplica cuando este mal es incurable.

Hoy día, en España, no tenemos el mal de la pluralidad de cultos, y con todo eso hay empeño, por parte de algunos, en que se aplique la medicina. ¡Feliz ocurrencia!

Las medicinas aplicadas sin necesidad producen males verdaderos; y aun pueden producir el mismo mal que no existe. Un enfermo vecino mio toma la quinina para cortar una ca-

lentura: yo no tengo calentura, pero quiero tomar la quinina, porque la toma mi vecino enfermo. El resultado será funesto: la medicina innecesaria é inmotivada me producirá una fuerte irritacion, y quizás la calentura.

El caso es análogo enteramente. En España no hay la enfermedad moral que consiste en la pluralidad de cultos; pero como en Francia, Inglaterra y Bélgica, donde hay esta enfermedad, existe la libertad de cultos por via de remedio, se quiere administrar á España este brebaje, aunque el país no adolezca de la enfermedad. Claro está que la medicina vendrá á producir el mal.

¿Pero es verdaderamente un mal la pluralidad de cultos?

¿La libertad de los cultos es acaso un remedio, ó es, por el contrario, un gran bien, un verdadero derecho, ó, como se dice comunmente, una *preciosa conquista* del siglo XIX?

Esto es lo que vamos á examinar ante todo. No me gustan ni las conjeturas ni las hipótesis: no me place afirmar sin probar, siquiera hoy dia sean pocos los hombres que se quieran tomar la molestia de probar lo que afirman.

Para saber, pues, qué cosa sea la llamada *libertad de cultos*, conviene ante todo fijar las nociones exactas acerca de la libertad y del culto.

§. 2.º Idea de la libertad moral en el hombre.

La libertad es el ídolo del siglo XIX, porque cada siglo tiene su ídolo. Pero un ídolo no es un Dios; no es mas que un ídolo. Recibe humo por mas ó menos tiempo, se entonan himnos delante de él, se le sacrifican víctimas, se le reviste de magníficos ornamentos; los adoradores se prosternan ante sus aras, y le piden que aleje todos los males y conceda prosperidades. Si sobrevienen desgracias, tienen la culpa los malvados que no adoran al ídolo: si ocurre algun suceso favorable, se debe á su benéfica influencia. ¡Ay del desgraciado que grite contra los fanáticos adoradores del ídolo! Se le llamará *iluso, ignorante, impío*; la turba de ciegos adoradores se lanzará sobre él, y le arrojará al suelo para que muera aplastado por las ruedas de la carroza en que se pasea por las calles aquel simulacro.

Este será un leño, cubierto de oro y telas ó un pedazo de metal; pero los fanáticos gritarán: *¡Hé aquí el Dios que te sacó del poder de tus enemigos!*

La codicia, la sensualidad, el orgullo del saber, la ambicion, hasta la envidia, han sido ídolos de la humanidad en distin-

tas épocas. El siglo. XIX tiene mas de un ídolo; tiene muchos, pero el ídolo de los ídolos es la libertad. Baste decir que es ídolo que infunde mas entusiasmo que el mismo *Becerro de oro*, al cual dan tambien culto hoy dia casi todos los idolatras de lo que llaman *libertad*.

El siglo XIX es el *siglo de la libertad*: así se ha dicho con verdad ó con mentira. Pero ¡ay del ídolo cuando se le examina de cerca!

Examinémoslo.

No hablamos aquí de la libertad política: no se trata tampoco de la libertad física: ambas son muy apreciables. Tambien lo es la libertad moral: sin ella, el hombre no podria merecer. Pero la libertad moral es la primera de las libertades: sin ella, no se concibe la libertad política. El becerro de oro, como metal, seria muy apreciable en su género; pero como ídolo, era una cosa absurda.

¿Qué es la libertad moral?

Es la facultad del hombre para hacer el bien ó el mal, ó elegir entre cosas buenas ó indiferentes.

Me seria fácil dar aquí definiciones muy complicadas y con pretensiones filosóficas, pero sin ninguna filosofia, porque carecen de verdad; antes al contrario, sirven para oscurecerla. Un tomo pudiera hacerse con definiciones de la libertad: tratados enteros se han escrito acerca de ella, y yo pudiera citar mas de veinte definiciones. Es bien seguro que, al último, mis lectores quedarian tan embrollados, que sabrian acerca de la libertad moral mucho menos que lo que ahora saben.

Los teólogos tampoco han sido escasos en definiciones de la libertad. Segun ellos, consiste en la potestad de elegir los medios para conseguir un fin.

Esta definicion es mucho mas filosófica que la otra; pero no da idea de lo que principalmente caracteriza, en qué consiste la moralidad. Creo mas clara, sencilla y jurídica la definicion dada, al menos para comprender la libertad moral. Esta supone casi siempre la lucha entre el bien y el mal, y la facultad en el hombre para hacer el mal: su mérito consiste en dejar el mal y seguir el bien. Por ese motivo, donde hay necesidad, no hay libertad ni hay mérito (1).

Dios tiene la libertad que llaman los teólogos de *contradiccion*, y consiste en hacer ó no hacer; pero no la que llaman de *contrariedad*, que consiste en poder obrar bien ó mal, que es la libertad humana. De esta se trata: los ángeles y los espíritus bienaventurados, tampoco tienen *esta* libertad: ni El ni ellos tienen posibilidad de hacer el mal; antes obran el bien por

(1) Con bellísima frase lo dice San Gerónimo. *Ubi necessitas, ibi nec corona.*

una santa necesidad, y esta necesidad de obrar el bien es superior, muy superior á la libertad moral, que supone el triste privilegio de poder hacer el mal, pero teniendo el deber de no hacerlo.

Ved aquí á lo que se reduce la libertad moral, la primera libertad, la libertad de las libertades: ved aquí el ídolo sin ropajes y sin adornos. *¡La triste posibilidad de hacer el mal!* Si no puedo hacer el mal, no soy libre. *¡Triste privilegio, pues lo tengo para no usarlo!* Si lo uso, soy un malvado.

Yo tengo en depósito un millon que me entregó un amigo sin recibo ni resguardo alguno: si lo niego, no tiene medios para probar que me lo entregó. Con este dinero ajeno, pero que soy libre para hacer mio, puedo ser opulento. Mi amigo reclama el dinero: tengo libertad para dárselo ó negarlo. Si lo niego, seré rico y respetado, pero ladrón: si lo entrego, seré pobre y desvalido, pero honrado. *¿En qué consiste mi libertad moral?*—En poder robarme un millon.

Hé aquí mi decantado privilegio: puedo robar, pero no debo robar. Tengo el privilegio y puedo usarlo, pero no debo usarlo. Puedo envenenar, pero no debo envenenar. Puedo ser adúltero, pero no debo ser adúltero.

Y entrando en los pliegues recónditos del pensamiento, de la voluntad, de la imaginación, puedo tener deseos sensuales, apetitos y deleites íntimos y de todos ignorados; pero Dios los ve, y halla el mal, la codicia y la impureza en aquel cristal terso, y al parecer puro, donde el ojo mas perspicaz nada descubre.

Se ha dicho que el progreso y la civilización consisten en la lucha, en la oposición contra los errores, los abusos y el genio del mal; que sin esta lucha y esta oposición no había perfeccionamiento; que la humanidad marcha hácia su perfectibilidad, mas ó menos quimérica, por medio de continuas luchas. Es una gran verdad: lo que sucede en el hombre, sucede en la humanidad. En esto, los filósofos y políticos modernos nada han dicho que no sea muy cierto; pero tampoco nos han dicho cosa alguna que no supiéramos con frases mas netas, claras y sencillas. Antes de que ellos lo *descubrieran*, era ya una cosa *trivial*.

Hé aquí, pues, la libertad moral, que no existe sino en donde hay mal, que presupone el mal, que deja de existir cuando ya no hay posibilidad de obrar mal. Y con todo, esta libertad es la base de la libertad política: este es el pedestal del ídolo.

Esta es la base también de la libertad de cultos.

Principiense, pues, á ver la enfermedad: no puede haber libertad de cultos sin que haya un mal moral y religioso. Pero detengámonos aquí.

§ 3º Es mejor á veces la necesidad que la libertad.

A los que tienen la libertad en los labios á todas horas parecerá esto un absurdo: á los que hacen de la libertad un ídolo, si no un Dios, parecerá una blasfemia y un ultraje al objeto de su culto, á lo que alguno ha llegado á llamar *el Dios del siglo XIX*. Con todo, lo dicho es una gran verdad, y voy á probarlo. No hablamos aquí, repito, de la libertad física ni de la política.

La libertad moral lleva la facultad ó posibilidad de hacer el mal ó el bien; pero como la naturaleza humana está inclinada al mal, tiene este mayores probabilidades en ciertas materias, y sobre todo cuando el hombre se halla mal educado ó corrompido. La necesidad moral, por el contrario escluye la facultad de hacer el mal, y solo permite hacer el bien.

Un hombre dado á la embriaguez, que pudiendo abusar de la bebida, no se embriaga, tiene gran mérito en el ejercicio de su libertad; pero si cede á su funesta inclinación, la libertad le es perjudicial: convendría mas no tener vino, porque en este caso necesariamente tenía que abstenerse. Es lo que llamamos hacer de la necesidad virtud.

Lo mismo sucede en el adúltero: le es mucho mejor que el objeto de su criminal inclinación esté ausente. Tiene el deber de alejarse de él para ponerse en la imposibilidad de cometer el crimen.

Por este motivo Dios no tiene libertad de contrariedad, ó de hacer el bien ó el mal. Dios solo puede hacer el bien, pues necesariamente obra bien (1). No puede hacer el mal, ni puede merecer. Como ser perfecto y perfectísimo, no puede perfeccionarse ni merecer.

Luego la libertad en el hombre supone imperfección y posibilidad del mal.

Luego la necesidad en algunos casos y seres es perfección, y gran perfección. No solo Dios carece de esa libertad. Carecen también los ángeles de este don, que tan funesto fué en su tiempo á la tercera parte de su especie, la cual abusó de su libertad, y fué reprobada. Hoy día ya no tienen libertad: aman á Dios necesariamente.

Lo mismo sucede con el alma humana: desde el momento que el hombre muere y se imposibilita para merecer, pierde la libertad. Si sus méritos anteriores le hacen digno de un estado feliz, ama necesariamente, y por eso el dogma católico los

(1) Se redacta en esta forma para evitar ambigüedad, pues aunque necesariamente obra bien, no obra el bien necesariamente. El pensamiento se aclara por lo que antecede y sigue.

llama *Sanctos*, esto es, *sancidos*, afianzados, asegurados, para nunca obrar el mal, y siempre obrar el bien necesariamente. *Sanctus, quasi lege sancitus.*

Esto es no solamente del dogma católico, sino de todas las teogonías en sus manifestaciones mas ó menos broncas de la bienaventuranza depues de la muerte del justo. El héroe sublimado al cielo, ó conducido á los Campos Elíseos, segun la mitología pagana, ya no podia obrar el mal, ya no tenia libertad. Luego, segun la misma filosofia y teogonía paganas, la libertad suponía la imperfeccion en sus tendencias á la perfectibilidad.

La libertad moral no está en el cielo: hasta los paganos la escluyeron de él. Suponer un cristiano que será liberal aun despues de muerto, es un desatino antifilosófico y anticatólico. Queda pues, demostrado que, bajo el aspecto moral, es mejor la necesidad que la libertad: aquella supone la perfeccion, esta la imperfeccion.

¿Se dirá que soy enemigo de la libertad?

Nada de eso: Dios me la dió, y la aprecio mucho, muchísimo, como don suyo. Pero la taso en lo que vale.

Si un avaro, en su afición á sus onzas de oro, se empeñara en que cada una de ellas valiera mil reales, ó cien escudos, yo me reiría de él.

En su avaricia, podria aquel hombre decirme:—V. es enemigo de las onzas de oro; V. las rebaja: solamente les da un valor de trescientos veinte reales, ó sean treinta y dos escudos. Yo estimo la onza de oro mucho mas; la aprecio en una cantidad mucho mayor: le doy un valor de mil reales.

Yo le responderia sencillamente:—Amigo mio, á pesar de todos los encomios de V., la onza de oro ni vale ni valdrá mas que treinta y dos escudos.

§ 4º Idea del culto.

*Erat terra labii unius.*  
(GENESIS.)

Tomemos el asunto de un origen algo remoto, aun á despecho de los preceptos de Horacio. Hagamos lo que en el lenguaje de moda se llama en la moderna *germania* la *génesis* (1) de esta materia. Tomemos el diluvio por punto de partida.

(1) No el *Génesis*.

No entremos en cuestiones acerca de su época y de su autenticidad: las tradiciones mitológicas lo confirman, y tambien las investigaciones geológicas. Los volterianos del siglo pasado lanzaron contra este suceso indudable, no argumentos, sino bufonadas. Pero las bufonadas no son pruebas. El bufon divierte un rato; pero si es tan impertinente que no sabe retirarse á tiempo, se le enseña la puerta y se le ayuda á tomarla, empujándole con la punta del pié. Con los bufones literarios se hace una cosa parecida. Hoy dia, ninguna persona sería pone en duda la existencia del diluvio: algun pedante atrasado suscita sobre eso añejas dudas con pretensiones científicas, pero ¿quién hace caso de pedantes?

La fábula de los Titanes viene á ser otra vaga tradicion conexcionada con la noticia del diluvio y de la dispersion de razas. Los Titanes, escalando el cielo, son los gigantes y hombres de estatura prócer, que, despues del diluvio, construyeron la torre de Babel.

Pero todas las fábulas mitológicas se quedan muy por bajo de la verdad histórica. En todas las mitologías hay tambien algo de panteismo: la Divinidad se rebaja hácia la naturaleza, y esta se equipara á Dios.

Júpiter aplastando á los Titanes, y combatido por estos de poder á poder, no es una figura sublime: llégase á dudar del éxito de la lucha. Pero Jehová, que ve con desprecio los esfuerzos de los gigantes babilónicos, se burla de ellos confundiendo sus lenguajes, y obligándoles de este modo á dispersarse y poblar la tierra en distintas direcciones. Antes de aquel acto de titánica soberbia no habia sino un lenguaje: *Erat terra labii unius.*

El orgullo, la desconfianza impía, trajeron como un castigo la diversidad de lenguajes, de razas y de nacionalidades. Cada una de estas cosas es una calamidad, porque separa de la Unidad, y la Unidad es Dios.

En estética, en moral, en política, en Religion, la Unidad constituye lo bello, lo bueno, lo útil, lo santo. El dualismo y la pluralidad lo rompen. Yo no debo entrar aquí en cuestiones de etnografía ni de estética. Doy por sabido que la generalidad de mis lectores han de conocerlas. Ello es que en política se reconoce la necesidad de unidad en el poder ejecutivo y sobre todo en los casos arduos.

Hoy se habla y se escribe mucho sobre *lenguaje universal*. Volvemos á la torre de Babel. Esto supone que la existencia de muchos idiomas es un mal.

Hoy se habla mucho de la *razon universal*. Pero esta se halla limitada á un escaso número de verdades, y hace gran-

des esfuerzos por encontrar otras, volviendo las espaldas á la luz que la guiaba.

Hoy se habla mucho de la *humanidad*, queriendo como reconstituirla, bajo el punto de cierto *antropomonitismo*; pero en este particular las razones y las naciones son una calamidad para la perfeccion constitucional de la humanidad, como el espíritu de provincialismo es perjudicial á la constitucion de las naciones.

Cosa muy bella seria que la humanidad fuera toda una, sin diferencia de razas ni naciones, que todas hablásemos un lenguaje mismo, y hubiera una misma Religion y una sola Constitucion para todo el orbe terráqueo, con un solo Código civil, penal, y mercantil, igual en todos los paises. Pero ¿esto sucederá?

En política y en filosofia hay tambien poetas, pero los poetas, cerniéndose en los espacios imaginarios, suelen acertar poco en el mundo de la realidad.

Un idioma y aun el mismo dialecto se pronuncia tan variamente dentro de una nacion, que los paisanos que lo hablan apenas se entienden. Hay provincias cuya organizacion vocal se resiste á pronunciar ciertas letras y aun palabras. Despues de esto, trabájese por el *idioma universal*.

Dios dispuso que las razas fueran varias; su color y aun algo de su organizacion distintos, y su lenguaje muy variado. Esto fué un castigo, y el castigo subsiste y subsistirá, á despecho de los utopistas.

Solo una religion, la religion de la *unidad*, ha podido sin esfuerzo alguno vencer estas dificultades.

Lenguaje universal lo tiene para su culto y para su legislacion; tal es el idioma latino: los griegos han roto esta unidad. Unidad de razas, pues el Catolicismo no escluye razas, organizaciones, ni colores. Unidad de creencias, unidad de cultos: esta la rompió en gran parte el protestantismo. Unidad de ley en el Evangelio: unidad en el amor por la ley de la caridad. En el Catolicismo está, pues, la ley de la Unidad: fuera de ella, todo es una Babel.

Los protestantes llaman á Roma Babel y Babilonia: ¿cosa rara, llamar Babel á la Unidad y al centro de Unidad! ¡Ah! es la Babel sin orgullo y sin desconfianza; la Babel que congrega y no dispersa; la Babel de un culto y una ley, una fe y un lenguaje: es la Babel que eleva torres al cielo por homenaje, no por desconfianza ni temor, como en aquellos tiempos en que solo habia un lenguaje, en que la tierra *era toda de un labio*.

Pero los hombres, que al dispersarse llevaron sus idiomas y aun dialectos, sus razas, sus colores, sus ódios y preocupaciones, llevaron tambien sus ideas distintas en materia de Religion y de culto; y el politeismo marchó con la variedad de idiomas. El

temor, la admiracion, el dolor, el placer y orgullo introdujeron los dioses. La gratitud y el amor nunca tendrán mas que un Dios.

Un padre que habia perdido á un hijo querido, hizo su imagen: el dolor degeneró en idolatría.

El sol y los ástros llegaron á ser objeto del culto, no lejos del pais donde se habia verificado la confusion de lenguas.

Allí mismo un monarca orgulloso hizo erigir su estatua altísima, y que todos vinieran para adorarla al son de estruendosa orquesta. Tres jóvenes israelitas y monoteistas se negaron á tan baja y aduladora impiedad de reconocer á un hombre por Dios.

Mas adelante se adoró á lo que inspiraba terror, á los seres que devoraban á otros seres, á los cocodrilos y dragones, á veces á las plantas mismas y otros objetos naturales, y aún á los espíritus separados de los cuerpos, y á los mismos genios del mal, por medio del abominable espiritismo, á que tan propensos eran los pueblos orientales.

Segun esto, ¿qué es lo que se entiende por culto? ¿En qué se funda? ¿Es acaso el culto una necesidad del género humano?

El culto es un homenaje y reverencia exterior que prestamos á Dios en reconocimiento de su dominio supremo y en agradecimiento de sus beneficios. Supone esas tres ideas capitales *superioridad, bondad y gratitud*.

La superioridad sin la bondad nos produce aversion, ódio, envidia: parece una *tiranía*.

La bondad que no es comunicativa y expansiva, no es verdadera bondad (1). Una bondad que sirve para sí y no para los demas, tiene algo de *egoísmo*.

Si Dios se comunica á nosotros por sus beneficios, nosotros nos comunicamos con Dios por medio del culto que le manifiesta nuestra gratitud.

Lleva, pues, el culto las ideas trascendentales de superioridad de Dios, humildad del hombre. Bondad práctica de Dios; gratitud práctica del hombre. Prácticas ambas, porque si los beneficios son prácticos, prácticos y no especulativos deben ser los medios por los que se acredite el agradecimiento.

El temor entra por algo en el culto, pero el Cristianismo funda mas en el amor que en el temor, y depura á este de toda la bajeza y servilismo que lleva consigo, reduciéndolo á las proporciones de la reverencia y del respeto.

Pero el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y su culto es interno y externo, segun que es meramente del alma, sin muestra alguna exterior, ó del cuerpo. Este culto, sino le acom-

(1) *Bonum est sui diffusivum*, decian los filósofos, y con ellos los teólogos.

paña el sentimiento espiritual, es una cosa mecánica y reducida á meras ceremonias, que pueden degenerar en farsas. Dios repugna semejantes cultos. A los israelitas les decía: *¡Este pueblo me adora con los labios, pero su corazón está lejos de mí!*

El culto de corazón, el culto interno, es superior al externo, y mas agradable á Dios. Es incoercible como el pensamiento. No hay tirano que pueda dominarlo. No necesita templo, sacerdotes, ceremonias ni ocasiones. A toda hora, en cualquier paraje, en medio de las reuniones mas tumultuosas y aun impías, puede ejercitarse... debe ejercitarse, y el misticismo cristiano tiene sobre este particular enseñanzas y prácticas tan tiernas como sublimes, y de la mas encantadora poesía.

En medio de una reunion tumultuosa, donde se blasfema y se conciben criminales proyectos, donde se maldice de las cosas santas y se predicán el sensualismo, la impiedad, la profanacion de todas las cosas santas, un alma pura, que está allí presa contra su voluntad, despreciada, escarnecida, sin proferrir palabra, sin pestañear, sin que su semblante revele impresion alguna, dirige su pensamiento al cielo, se postra en espíritu ante el Trono del Eterno, y dice sin mover los labios: *Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se dicen, que no saben lo que hacen!* Los ángeles sostienen aquella flor purísima en medio de aquel fango pantanoso. Dios sonríe con amor y mira con misericordia al ciego de cuyo fondo brotó aquella flor, sin que el mismo pantano hediondo lo advirtiera.

Hé aquí el culto interno tal como lo enseña la mística cristiana. Pero el culto externo se deriva de las condiciones de sociabilidad del hombre. Si ha recibido beneficios en el cuerpo y en sus sentidos; si ha recibido bienes é intereses; si ha prosperado á los ojos de la sociedad, y en ella recibe honores y aplausos, gloria que Dios le dispensa pródigamente, que Dios puede quitarle en vista de su ingratitud, ¿por qué no ha de demostrar esta con actos exteriores?

¡Oh! entre los hombres se exige que la gratitud iguale al favor, y sea del género del favor mismo. El amor se muestra con obras, y los axiomas vulgares así lo dicen (1)

Las autoridades mismas exigen que se les muestre respeto con señales exteriores; porque el hombre, ser social y ser sensible, se comunica á los demas por las obras, no por meros pensamientos, y con obras acredita lo que dentro siente, y así lo manifiesta á los demas.

El culto externo se deriva, segun eso, de la naturaleza misma del hombre, y de sus condiciones de sensibilidad y sociabilidad,

(1) *Obras son amores, que no buenas razones* (refran antiguo castellano).

Hé aquí por qué el verdadero culto está basado en el amor y en la gratitud: los cultos falsos lo están en el orgullo, en el temor, la supersticion, la envidia, el ódio, la sensualidad, y en todas las malas pasiones. Al erigirse estas en ídolos, se rompe el monoteísmo, y entra la pluralidad de cultos. Los israelitas mismos, únicos monoteístas del Oriente, propendian á todas estas infamias. Construyen un becerro de oro, y bailan alrededor de él, diciendo: *¡Hé aquí el Dios que te sacó de Egipto!* Apenas se concebiría tal sandez ni entre salvajes; pero ¿acaso es otra cosa distinta lo que gritar hoy muchos economistas modernos, cuando convidan á los pueblos y á las clases desheredadas á bailar alrededor del becerro de oro, suponiendo que este las ha de sacar del cautiverio en que están sumidas?

Todavía al sustituir la monarquía á la *teocracia* (1) decían los israelitas á sus magistrados: *Haznos dioses que nos lleven á la guerra.* Preciso fué que con castigo duro, durísimo, se les corrigiera, y que la pérdida de la nacionalidad, ya antes fraccionada por la dualidad de cultos, viniera á perderse y parar en un cautiverio de setenta años.

Los israelitas, recobrada su independencia, miraron en adelante con horror la pluralidad de cultos y el politeísmo. La religion una fué el vínculo de su nueva nacionalidad. Alejandro, á pesar de su genio avasallador, respetó aquella tribu: sus generales y sucesores los Antíocos no lograron apartarles de ella; los romanos le respetaron, y el indiferentista Herodes, con su pérdida política, no logró arrastrarlos al politeísmo.

De aquella pequeña y esclavizada tribu monoteísta salió el fundador de la Religion universal y una; *una* como El que es *Uno*. Su Religion habia de llevar el sello de la divinidad en el de la unidad.

Una, Santa, Católica.

Al entrar un Emperador triunfante, el pueblo, receloso de que el príncipe se desviase de la verdad y de la unidad, gritaba delante de él las palabras de San Pablo:

*¡Unus Dominus, una fides, unum baptisma!*

El Cristianismo, mejor dicho, el Catolicismo, es no solo el monoteísmo, sino la Religion de la verdad única y exclusiva.

El cristianismo, haciendo desaparecer el ódio contra las castas malditas, doblar la cerviz á las privilegiadas, unir vencedores y vencidos, estender su culto en un solo lenguaje, hacer desaparecer los odios de raza y de territorio, predicar la unidad de origen y la unidad de fin, y la ley de la fraternidad general de toda la raza humana en la unidad de la caridad, habia des-

(1) Uso esta palabra en su sentido estricto, no del modo blasfemo con que suelen usarla los políticos, confundiéndola con la *hierocracia*.

hecho la maldición babilónica, y hacia á toda la tierra de un solo labio. *Erat terra labii unius.*

¿Será política, será filosófica, será humanitaria la pluralidad de cultos, que rompe esta santa unidad y nos vuelve á la torre de maldición? ¿Será la pluralidad de cultos un bien ó una enfermedad social?

Pero no adelantemos pruebas, ni formulemos argumentos. A su tiempo vendrán.

Por ahora quede consignado lo que es el culto y el origen del culto; mejor dicho, el origen de los cultos en la historia de la humanidad.

Un solo argumento cabe aquí.

“Los hombres pueden pasarse sin culto: la humanidad estaría mejor sin ningun culto. En el porvenir de la perfectibilidad humana está la desaparición de todo culto, por lo menos eterno. El culto se dará á la humanidad.”

No responderé categóricamente, al menos por ahora, á estos argumentos, ni menos á los del porvenir. Harto haremos con aclarar lo presente.

Por ahora, en todos los países civilizados hay culto, y aun en los que no lo son. Los jumentos y los perros no tienen culto. Si los materialistas quieren inspirarse y tomar modelo en estos seres, pueden hacerlo en buen hora. Yo tengo una idea algo mas favorable acerca de la dignidad del hombre y del alma humana y sus destinos. Yo creo que el género humano seguirá recibiendo favores de Dios; y si los recibe, deberá demostrarle gratitud y respeto.

Por lo demas y para concluir pronto, si no quereis que haya culto, ¿qué vamos á hacer de esta preciosa y decantada joya de la libertad de cultos, que suponeis ser de derecho natural? Suprimido el culto, está demas la libertad de cultos.

§. 5.º La pluralidad de cultos supone siempre el culto del error.

Entremos en otra seria de observaciones psicológicas, por las que quizás debiera haber dado principio. Se ha tratado hasta ahora de la libertad bajo el aspecto moral, y por tanto en lo relativo á la voluntad. La libertad es práctica y se refiere, no al entendimiento, sino á la voluntad. Por esa razón ha sido preciso principiar por lo relativo á la voluntad, cuando el método psicológico mas bien exigia principiar por lo relativo al entendimiento, como superior y mas noble.

La voluntad va á remolque del entendimiento. *Potencia ciega* la llamaban los peripatéticos, y con una bella personificación la hacian ir conducida de la mano por el entendimiento.

to. *Voluntas est potentia coeca sequens ductum intellectus.* Y, en efecto, lo que no se conoce, no se desea. *Ignoti nulla cupido.*

Queda ya deslindado que la libertad de cultos, metafísicamente considerada, pertenece á la libertad moral del hombre: que esta libertad moral lleva consigo la posibilidad del mal y la imperfección.

Pero aun hay que rebajarla mucho mas en lo relativo al entendimiento; porque al fin en la libertad moral, si hay posibilidad de hacer el mal, tambien se puede obrar bien; y en este caso hay mérito, y tanto mayor, cuanto era mas fuerte la mala inclinación vencida. Mas en la libertad de cultos, bajo el aspecto intelectual, hay una torpeza psicológica, antifilosófica y grosera, cual es el culto del error, culto necesario al par que absurdo, el cual pone la mentira al nivel de la verdad. Esto se demuestra hasta la evidencia.

Para que haya libertad civil de cultos es preciso que haya en el Estado por lo menos dos religiones. En tal caso, ó las dos religiones son falsas, ó por lo menos una de ellas.

*La verdad es una.* La verdad es una como Dios es uno.

La verdad se dice de Dios en abstracto: El mismo se llama *Verdad* (1). Segun las reglas que rigen en estas materias, podemos decir con toda seguridad: *Dios es la verdad: la verdad es Dios.* Hé aquí por qué la verdad tiene que ser una, una como el mismo Dios.

Si dos proposiciones contrarias (2) fuesen ciertas á la vez, la verdad dejaría de ser verdad, ó, lo que es lo mismo, la verdad dejaría de ser Dios, puesto que la verdad es Dios.

Dios existe, Dios no existe—Dios es bueno, Dios es malo, son proposiciones contrarias: la primera y tercera, ciertas: la segunda y cuarta, falsas.

Aplicando esta doctrina al caso presente, resultará que una de las religiones, teniendo precisamente doctrinas contrarias, habrá de contener error ú errores; y cuantas mas religiones haya, habrá mas errores.

Creer que á Dios, verdad suprema, verdad por esencia, se le dé culto lo mismo con el error que con la verdad, es un absurdo. ¿Quién será capaz de suponer que sea lo mismo llamarle á uno *tramposo* ó llamarle *caballero*?

Esta doctrina filosófica de la unidad de la verdad es tan absoluta, es tan evidente, que el filósofo que la niegue no es filósofo: es un sofista, es un embustero, que toma la máscara de la filosofía sin saber con lo que cubre su faz.

(1) *Ego sum, via, VERITAS et vita.* (San Juan, XIV, v. 6.)

(2) Uso esta palabra en su acepción comun, abstrayendo de las sutilezas dialécticas.